

# ESCRITOS HISTÓRICOS

DEL

**Coronel MANUEL A. PUEYRREDON**

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

---

NOTICIA PRELIMINAR

POR

RAMÓN J. CÁRCAMO

SEGUNDA PARTE

**“USO EXCLUSIVO VITANET,  
BIBLIOTECA VIRTUAL 2003”**

Felizmente que para evitar las persecuciones que quería hacer o hiciera, estaban allí el cura y Bulnes.

No fui yo exceptuado del número de los perseguidos y lo supe al segundo o tercer día de mi llegada por haber venido el señor Bulnes a decir a mi madre que me aconsejara no salir, pues se trabajaba por perderme, pero sin decir por quien.

Después todo lo supe, y sin embargo nada dije ni hice contra el hombre. Desde entonces día por día estaba al corriente de lo que hacía para que el general me prendiese, me acusaba de ser espía de Ortiz, diciéndole que yo era íntimo amigo de aquel gobernador y de toda su familia, que como Pueyrredon no podía menos que ser enemigo suyo, que sabía quienes entraban y sallan de mi casa, que despachaba chasques, en fin, que no respondía de nada mientras estuviese en libertad de dañar.

Tanto el cura como Bulnes y los oficiales Kennedy y Novoa, aseguraban todo lo contrario.

Ignoro porque ese hombre se mostraba tan animoso contra mí.

¿Era bajeza de carácter o era que pretendía vengarse en mí de que mi padre le había puesto

en ridículo muchas veces? Estoy por esto último, o mejor dicho, estoy por ambas cosas. \_

Algunos días después el general me mandó llamar para decirme que era preciso que fuese al campamento del Chorrillo, que lo hacía por mi propio bien y para quitar todo pretexto a mis enemigos, que no iba preso sino a vivir con el coronel Benavente (1), a quien me mandarla recomendar, extendiéndose en elogios de Benavente. Con el tiempo comprobé que tales elogios eran merecidos.

Yo le contesté que ignoraba cómo podía tener enemigos en un pueblo de donde había salido niño, y vuelto hombre hacia pocos días y en el cual mi familia había hecho tantos beneficios, bien sabidos por toda la población y particularmente mi madre, conocida con el nombre de madre de los puntanos.

(1) Nació en la frontera del Bío-Bío, 10-IX-1785, hijo de militar y sobrino del duque de San Carlos, se inició aún niño en la carrera de las armas, batiéndose en el Quilo, Paso del Maule, Tres Montes y Quechereguas. Fué jefe del regimiento de cazadores a caballo. Era el prototipo del héroe legendario valiente y audaz en el combate, generoso después del triunfo. Vide El ostracismo de los Carreras — B. Vicuña Mackenna, 3a edición, 1886, Pág. 448.

—Todo eso es cierto—me dijo—pero también es cierto lo que yo digo, retírese usted a su casa tranquilo que no ha de ser Carrera su perseguidor, pero es preciso hacer lo que yo he dicho; mañana irá Novoa a buscarle, pues le he mandado llamar para eso.

## XXVIII

Al día siguiente se presentó el oficial Novoa, con quien fui al campamento del Chorrillo. Allí me recibió muy cordialmente el coronel José M. Benavente, hombre de trato agradable, bondadoso por naturaleza, muy estimado y respetado por su tropa, de la cual jamás se separaba y entre la que gozaba de gran reputación como valiente. Era de poca estatura, de facciones regulares, boca grande, tez blanca y cabello entre rubio.

— Le esperaba a usted — me dijo — pues he recibido carta del general quien me lo recomienda y encarga que le aloje conmigo, la casa no es muy cómoda — agregó — pero usted no debe extrañar esta clase de palacios.

Era una tienda de campaña en la cual no había sino un recado que servía de cama, dos valijas de lona y una de suela.

Un muchacho como de 14 años nos trajo mate, tenía un terrible costurón en la cara que le tomaba desde la cabeza hasta la barba, se conocía que era una herida mal curada por un borde muy saliente que le desfiguraba.

Me pareció haber visto aquella cara en alguna parte y como le mirase con mucha atención, el coronel me preguntó si le conocía, a lo que contesté que no, pero me parecía cara conocida.

—No es extraño— replicó — porque es de los que ustedes tomaron en el paso de San Bernardo.

Entonces recordé que había allí un trompa de pequeña estatura con una tremenda herida que le dividía la cara en dos partes y que yo creí que no podría vivir.

— ¡Pero, si es un muchacho que estaba allí herido! ¿Cómo ha podido sanar tan pronto y sobre todo, sanar cuando yo creí que debía haber muerto?

— ¡Oh! — me dijo — nosotros tenemos un magnífico botiquín! ¿Desea usted verlo?

Contesté afirmativamente, y llamó a un sol-

dado, ordenándole que trajera el botiquín que lo constituían las dos valijas de lona que vi en la tienda y empezó a sacar el contenido.

De la primera salieron varios envoltorios, unos de hilas y otros de tiras como vendas y otros retazos de liencillo.

La otra contenía varios envoltorios chicos y grandes, todos ellos de cola.

Nada más contenían ambas valijas, yo estaba absorto y como embobado mirando aquellos objetos, no podía comprender su significado, me pareció un juguete de mal gusto, y estaba a punto de incomodarme considerándolo una burla, cuando el coronel Benavente que me miraba con atención me dijo:

— Veo que a usted le admira esto, pues sepa usted que no hay nada más cierto que lo que le dicho. Este es nuestro único botiquín, con esa cola curamos a todos nuestros heridos sin más que una sola aplicación; un parche grueso de cola y después vendas, es el mejor remedio posible para heridas, y usted tiene a la vista la muestra en ese muchacho; con tal remedio todos somos cirujanos.

Me reí mucho del remedio, del botiquín y de los cirujanos después que me pasó la sorpresa.

## XXIX

Quince días permanecemos en aquel campamento, al cabo de cuyo tiempo marchó la división a la Represa de San Luis, adonde permaneció algunos días más.

Durante todo ese tiempo pude conocer a todos los de esa división y su rara organización. Están divididos en grupos de treinta hombres que llevaban la denominación del oficial que les mandaba, algunos eran de lanceros, otros de carabineros o tiradores, un solo cuerpo compuesto por cordobeses mandado por don Francisco Álvarez, del Fraile Muerto, tendría de 80 a 100 hombres.

No había estado mayor, detall, jefe de día, sistema ni orden regular en el servicio, todo se hacía por piquetes.

El coronel Benavente era el jefe principal y único, de él partían directamente todas las órdenes, que en realidad eran muy pocas, porque no había regularidad en el servicio ni mecanismo alguno. Todos aquellos hombres eran voluntarios, y dueños de sus acciones y en ninguna parte se manifestaba más esa libertad que en

el ramo de mujeres, cada uno era dueño de llevar las que quisiera, a veces sucedía que uno solo llevaba dos o tres, y otras, que entre dos llevaban una sola, alternándose en sus favores sin que por esto hubiese jamás disensión entre ellos.

Como el juego era libre, cuando perdían sus prendas apostaban las mujeres, de lo que resultaba que el más afortunado tuviese a veces muchas que vendía, prestaba o volvía a perder en el juego. Aquello era el siglo de oro para esas gentes, como yo les decía.

Los oficiales, sin embargo, tenían otra conducta con las que llevaban.

A los pocos días de estar en ese campo, el general Carrera se incorporó a su división y después de tres días de permanencia, emprendió marcha hacia el Gigante para dirigirse a San Juan.

Yo seguía siempre viviendo con el coronel Benavente.



### XXX

El general Carrera venía todas las noches a nuestro fogón, quedándose hasta las diez u once conversando conmigo sobre Chile. Su mayor placer era hablar de aquel país y no se cansaba de oírme porque yo acababa de venir de allí, adonde había permanecido algunos años, conocía todo el país y la mayor parte de las familias principales con amistad con muchas que le eran adictas, relacionadas por parentesco con él, por ejemplo las familias de Cotapos, Muñoz, Gamero, Muñoz Besanilla y muchas otras.

Se complacía en preguntarme todo y le daba informes de cuanto sabía en esas líneas, así como de los sucesos de la guerra, pero en estas conversaciones jamás le oí decir una palabra ofensiva contra el general Pueyrredon, ni tampoco contra el general San Martín. Era claro que evitaba herir mi susceptibilidad o lastimar mis afecciones (1).

(1) El historiador chileno B. Vicuña Mackenna, op. cit., 131, al referirse al general Pueyrredon, dice: Era Pueyrredon bajo muchos títulos, uno de los argentinos más distin-

No diré lo mismo del director O'Higgins a quien llamaba ingrato y pérfido hombre mal nacido, engendro de un potro inglés en yegua chillaneja.

Me refirió toda la historia de éste: decía que

guidos de aquella época. Joven, bizarro, dotado por la naturaleza con un aspecto marcial i caballeresco que realzaba, una educación cortesana; ilustrado además i a la vez emprendedor i atrevido, le habla sido fácil llamar desde temprano la atención pública sobre su carácter i sus hechos. . también en los primeros días de la revolución empresas de alto <honor que le aseguraron un elevado rango en los anales militares de su patria, cual fué su arrojada tentativa para desalojar <a Berrestord de Buenos Aires, durante Su primera invasión, <después la famosa retirada con los caudales de Potosí, que efectuó en 1811 con consumada pericia militar i los recursos variados <de un ingenio distinguido. Una aureola de prestigio le rodeó <desde temprano, i, cuando ocupó el poder, dilatóse ésta con la <mayor altura a que subió, i con la importancia de ros arreglos <internacionales a que diera una oportuna preferencia. Eran los <principales entre estos, la paz con los portugueses i la invasión <de Chile, que fué pronto coronada de un éxito brillante.

Decíase, además, i con razones que el tiempo va aclarando, <que Pueyrredon era el jefe de la Loja lautarina, cuya tenebrosa <dirección se dividía con su aliado íntima el General San Martín; i añadíase en consecuencia, que la ruina de Carrera, iniciada <en Mendoza en 1814, se rematarla ahora en Buenos Aires <despojándolo de todos sus recursos i volviéndolo n encerrar en <un calabozo. Era llegado ya el momento en que tal plan comen-<zara a ejecutarse con inexorable rigor.

El general Carrera. que no tenía sino honorables i simpáticos

él le habla elevado al rango que tenía, colmándole de honores y favores y en pago se habla sublevado y vuelto contra él las armas que le confiara para combatir contra el enemigo común, que habiéndole derrotado en el río de Maipú y

<antecedentes del director Pueyrredon i confiaba tal vez decididamente en él, receloso de las antiguas intrigas que le habían <envuelto en la capital del Plata, precedió con cierta atinada <cautela; i desembarcó en la Ensenada.., dejando el buque al <cargo de su capitán Davey i del general Brayer... Llegó en <esas circunstancias la noticia del triunfo de Chacabuco y Carrera <renunció al mando de la flotilla que traía de Norte América <pidiendo patentes de corso para los tres buques.

<Carrera en un momento de ira, llegó a decir <en el escritorio <de un negociante extranjero, en presencia de los capitanes del <Salvaje> i de la <Clifton> i del coronel Dauxion Lavaysse que de grado o por fuerza arrancaría sus buques de las valizas de Buenos Aires é iría al Pacifico a cumplir sus compromisos.> El coronel mencionado <denunció a Carrera como autor de <un complot para seducir a los capitanes de los buques (que estaban en aquel momento en ajustes de venta con el gobierno de <Buenos Aires)> i fugarse con ellos a las costas de Chile, burlando así los contratos de aquella autoridad.

Don José Miguel fué preso en el cuartel de granaderos, su hermano don Luis, se ocultó en la población y don Juan José fué puesto libre por enfermo.

Ante el anuncio del primero, de que estaba dispuesto a embarcarse para Boston se le trasladó al <Belén> y de ahí consiguió fugarse a un buque de guerra portugués que le llevó a Montevideo, adonde fué protegido del general Lecor, jefe de las fuerzas portuguesas, y de allí pasó a las montoneras.

tomado prisionero, cuando debió haberle fusilado, le perdonó y restituyó en el mando de las tropas, aún con perjuicio de su hermano, para combatir contra los españoles.

Agregó que la insurrección de ese jefe fué la causa de que los españoles llegaran hasta Rancagua, porque les abandonó todo el Sur.

Se encerró en Rancagua, debiendo haber continuado su retirada hasta incorporarse a las fuerzas de él, por conservar el mando cuando sabía que Carrera marchaba en auxilio con fuerzas respetables y suficientemente unidas para repeler al enemigo. Pudo haberse sostenido y no quiso hacerlo, a pesar de sus órdenes, porque sin duda tenía su plan formado.

En la noche que O'Higgins abandonaba Rancagua, llegaba Carrera al estrecho de Paine, a cuatro leguas de aquel pueblo y según opinión de este general, el país se hubiera salvado si se hubiese sostenido algunas horas más.— O'Higgins no lo ha querido — me decía, agregando que los españoles no podrían haber resistido a ambas fuerzas reunidas y hubieran tenido que retirarse hasta la Concepción.

—Derrotada aquella tuerza —decía Carrera— no me quedaba más recurso que retirarme a

Santiago, salvar los caudales y emigrar para Mendoza combatiendo basta el pie de la Cordillera.

O'Higgins en la misma noche se le reunió en Paine, dentro de sus filas, para venir a Mendoza por caminos extraviados para intrigarle con el gobernador de aquella provincia.

—Yo perdonarla—decía—a San Martín y a todos los que me han perseguido, pero jamás a O'Higgins porque es el único culpable de todo, y del sacrificio de mis hermanos  
(1)

(1> El Director Supremo general Pueyrredon, en Marzo 8 de 1817, pocos días después de llegar José Miguel Carrera de Norte América con la flotilla que contrató, escribía al general O'Higgins, Director Supremo de Chile, dándole noticias del arribo y sugiriéndole la conveniencia de cesar los <disgustos> entre ellos sometiéndole la idea de <que se les haga una asignación proporcionada a su clase, de que deban disfrutar en cualquier punto donde residan>. Indicaba para el mencionado Carrera la suma de tres mil pesos y <otra proporcionada a don Luis y don Juan José>.

Esta interesante carta en donde se elogia las buenas cualidades de los Carrera <sean cuales fueren los motivos del disgusto que se hayan ofrecido en el curso de la revolución>, fué muy mal recibida por O'Higgins, quien en carta dirigida al general San Martín (Santiago, 25 de Marzo de 1817) decía: <La sagaz ambición de los Carrera ha llegado a abrirse un patrocinio en el Supremo Gobierno de estas provincias; sus benéficas intenciones han sido sorprendidas por la astucia y tramoya de unos hombres que deben

## XXXI

Muchas fueron las conversaciones que tuve con aquel hombre extraordinario y a quien me complacía mucho escuchar porque siempre en-

de ser proscriptos de estas regiones, si se ha de obrar su libertad... dotar a los agentes de sus males, a los perversos que ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron a Chile a la rabia felina de los españoles... El directorio supremo de la Plata, al interponer por los Carrera su mediación respetable... ignoraba que estos habitantes les detestan... ¿Merecen los Carrera ser premiados? Sigue después un proceso a su actuación desde 1812 cuando se apoderaron del gobierno para entronizar la arbitrariedad y tiranías..., se abrieron un partido entre los europeos y antipatriotas americanos, a quienes se dieron los empleos más interesantes..., se hizo un delito no ser un faccionista de la familia dominante y las cárceles, los destierros y presidios fueron poblados por los mejores ciudadanos... Les inculpa la derrota de Rancagua y total pérdida de Chile... En cuanto a los cargos ejercidos y rango militar dice: «ellos se abrogaron el poder, y de autoridad propia se dieron esa representación política y rango militar, a que jamás en otras circunstancias hubieran ascendido... deben ser tenidos por meros particulares’. Sin embargo, termina diciendo que <en obsequio de la honorable y muy apreciada mediación del Supremo Gobierno de la Plata yo estoy pronto a que se les asigne aquello que V. E. de acuerdo con esa suprema autoridad crea conveniente...> para no abandonarles en países extraños «a la total indignancia’.

En la misma fecha O’Higgins, insiste en señalar a San Martín los peligros de dotar a los Carrera con tres mil pesos, pues así

contraba novedad en su conversación y un encanto irresistible.

<se autoriza el crimen en tanto que se premia al delincuente>, agregando: <si son delincuentes, castígueseles, y ya que se acordó el destierro, dóteseles con una pensión módica. Documentos del Archivo de San Martín, C. N. del Centenario. (Buenos Aires, Imprenta Coni, 1910), III, 568-574.

A todo esto, José Miguel Carrera ya había fugado a Montevideo de adonde pensaba pasar a Chile para formar montoneras, que es lo que Pueyrredon deseaba evitar a toda costa. Además existía una denuncia de uno de los oficiales que trajo de Norte América, el coronel Lavaysse de que Carrera trataba de llevarse subrepticamente la flotilla que se estaba negociando para el gobierno de Chile.

Se agravaron las circunstancias desfavorables con el descubrimiento de la conspiración tramada por todos ellos que consistía en lo siguiente: Luis caería sobre O'Higgins y Juan José se apoderaría de San Martín, les conducirían a las serranías inmediatas de Alhué, obligándoles a firmar sus propias renunciaciones del gobierno y del ejército y una vez desarmados juzgarían militarmente a San Martín por un consejo de guerra, presidido por Juan José Carrera. Luis Carrera fué preso, en Mendoza, con el nombre supuesto de Leandro Barra y Juan José en San Luis con el nombre de Narciso Méndez y por añadidura acusado de asesinato del hijo del correo de posta del arroyo San José. Ambos hermanos fueron sentenciados a la pena capital y salvó José Miguel refugiado en Montevideo. Su rencor profundo le llevó a cometer excesos increíbles en un hombre de su clase y tuvo como consecuencia lógica un final análogo al de sus hermanos.— (B. y. Mackenna, Ostracismo de los Carrera, p. 178. Documentos del Archivo de San Martín, T. .III. Amunategui Dictadura de O'Higgins, edición 1882, p. 201

Su estilo fluido, natural, al alcance de todos, con su voz sonora, le hacía doblemente agradable.

Por otra parte era un hombre tan desnudo de pretensiones, tan asequible que desde el primer momento inspiraba confianza ilimitada, encontrándose uno cómodo cerca de él.

Algunas veces me atreví a hacerle observaciones sobre la licencia de su tropa y los desórdenes que había cometido antes de su llegada a San Luis, porque durante su permanencia en aquella provincia, como he dicho, no habla dado motivos de queja.

Recuerdo que una vez vino una vieja mujer a quejarse de que le habían robado sus dos hijas y el general hizo venir a su presencia a las dos supuestas robadas, quienes desmintieron completamente a la madre y por más que el general les ordenase volverse con ella, no quisieron hacerlo, diciendo que habían venido por su gusto y que si les obligaba a volverse con ¡a madre, se escaparían de nuevo para venirse al campamento...!



## XXXII

—Es cierto—me dijo una vez—todo lo que han dicho de mis soldados; son unos facinerosos a quienes tengo que soportar a pesar mío, es una de las fatalidades de mi posición. Yo no puedo pagarles, nada tengo que darles y si no les permitiera esa licencia me quedaría sin uno solo (1). Pero en llegando a Chile, me las van a pagar, los he de encerrar en el Conventillo bajo un régimen muy severo y con buenos misioneros para que les reformen, en dos años ninguno de ellos ha de ver la calle, si no es para fusilarles, o han de salir santos de allí o he de acabar con ellos.

(1) José Miguel Carrera. cuando se incorporó a los indios que le llamaban <Pichi-rey> escribió a su esposa lo siguiente: <Ayer <a las doce de la mañana llegué al campo de los indios compuesto <como de 2000 enteramente resueltos a avanzar a las guardias de Buenos Aires para saquearías, quemarlas, tomar las ‘familias y arrear las haciendas. ¡Doloroso paso! En mi situación <no puedo prescindir de acompañarlos al Salto que será atacado <mañana al amanecer. De allí volveremos para seguir a los <toldos, en donde estableceré mi cuartel para dirigir mis operaciones como más convenga. El paso de mañana me consterna,

*El Brigadier General D. Martín Rodríguez, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos-Ayres, á todos sus hijos, y habitantes.*

CIUDADANOS, que amáis con sinceridad á vuestra patria: habitantes todos de esta provincia, que tenéis sentimientos de humanidad: preparaos á escuchar con indignacion y asombro la noticia, que acabo de recibir por comunicacion oficial de 2 del corriente, y es como sigue.

*Parte del Jefe interino de la seccion del centro de campaña.*

«El comandante del fuerte de Areco D. Hipólito Delgado en oficio datado hoy me dice lo que sigue.—Acaban de llegar á este punto el cura del Salto D. Manuel Cabral, D. Blas Represa, D. Andres Mucaruci, D. Diego Barruti, D. Pedro Canoso, y otros varios, que es imponderable cuanto han presenciado en la escena horrorosa de la entrada de los indios al Salto, cuyo caudillo es D. José Miguel Carrera, y varios oficiales chilenos con alguna gente, con los cuales han hablado todos estos vecinos, que en la torre se han escapado. Han llevado sobre trescientas almas de mugeres, criaturas &c. sacandolas de la iglesia, robando todos los vasos sagrados, sin respetar el copón con las formas consagradas, ni dejarles como pitar un cigarro en todo el pueblo, incendiando muchas casas, y luego se retiraron tomando el camino de la guardia de Roxas: pero yo se dice que á noche han vuelto á entrar al Salto.—Es cuanto tengo que informar á V. S. previniéndole, que dicen, que es tanta la hacienda que llevan, que todos ellos no son capaces de arrearla. . . .

Dios guarde á V. S. muchos años. Guardia de Lujan 2 de diciembre de 1820.—Manuel Correo.—Sr. Inspector Brigadier general D. José Rondau.

En aquí, mis compatriotas, los últimos y extremos excesos, que acaba de cometer el horrible monstruo, que abortó la América para su desgracia. No necesito exagerarlos para irritar todo el furor de vuestra cólera contra ese funesto parricida, que no ha pisado un palmo de tierra, donde no haya dejado espantosos vestigios de sus crímenes: crímenes atroces, que han costado las lagrimas, la sangre, y la desolacion de la patria. José Miguel Carrera, ese hombre de pravado, ese genio del mal, esa furia hostezada por el infierno mismo es el autor de tantos desastres. Ese traidor, que entregó á su patria en manos del cobardo Osorio, abandonando la defensa del heroico Chile, por atender á su venganza: que, despues de haber saqueado los caudales públicos y particulares de aquel estado, emigró á nuestro territorio en busca de un asilo, que nos ha sido tan omisoso: que introdujo la discordia en nuestras provincias: que tentó conspiraciones: que encendió la guerra civil con toda clase de maldades, intrigas, y perfidias: que profanó nuestras leyes: que trastornó nuestro gobierno: que invadió nuestras campañas: que insultó con atrevimiento á nuestro pueblo; ese mismo facineroso es el que burlando del solo nombre de la dichosa paz, que no puede sufrir su alma reprobada, ha elegido en su rabioso despecho la venganza de las fieras.

Bárbaro, cien veces mas bárbaro y ferino, que los salvajes errantes del Sud, á quienes se ha asociado, acaba de invadir el pacífico pueblo del Salto en la forma inhumana y sacrilega, que habeis oído; y tengo por otros conductos noticias fidedignas, que hizo romper á punta de acia las puertas de la iglesia, á donde se habian refugiado las familias indefensas, haciendolas arrancar con la osada mano de esos caribes del pie de los altares, sin que les valiesen sus lagrimas, y sus ruegos. Centenares de matronas honradas, de tímidas doncellas, de tiernos é inocentes niños, de ancianos achacosos han sido victimas, ó presas de ese botentote desnaturalizado, de ese monstruo mas rabioso, y feroz, que los que alimentan los espesos bosques de la Hircania.

¡Oh! ¡que pasiones tan encontradas, y tan violentas todas devoran mi alma en este momento! El horror, la compasion, la ira, la venganza misma, mis obligaciones. . . . Yo marchó, compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad. Jefes, oficiales, y soldados, ayudadme: habitantes de la campaña afligida, yo parto á socorremos: auxiliadme.

Honorable representacion de esta heroica, pero desgraciada provincia, permitidme desatender unos deberes, por cumplir otros mas urgentes. Yo juro al Dios, que aloro, perseguir á ese tigre, y vengar á la religion, que ha profanado, á la patria, que ha ofendido, á la naturaleza, que ha ultrajado con sus crímenes. El cielo me conceda volver trayendo á mis conciudadanos el reposo, y la seguridad. Buenos-Ayres Diciembre 4 de 1820.

*Martín Rodríguez.*

IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.

MANIFIESTO DEL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES GENERAL DON MARTÍN RODRÍGUEZ. CON MOTIVO DEL MALÓN DADO AL SALTO POR CARRERA AL MANDO DE SUS MONTONERAS Y DE LA INDIADA.

Yo tenía 20 años y era muy joven para apreciar debidamente el mérito de las diferentes conversaciones que tuvo conmigo y estaba muy distante entonces de pensar que habían de tener interés histórico.

Tampoco podía juzgarle, no era competente para ello, pues sentía verdadera admiración por el general Carrera.

Me he criado cerca de los hombres más espectables de mi país, he presenciado muchas conversaciones de ellos y sin embargo no las recuerdo, mientras que de este hombre tengo todo tan presente como si le estuviera viendo en estos momentos. Algunas veces se olvidaba que hablaba con un muchacho y se elevaba a las alturas intelectuales, a las regiones más elevadas. Me

<y más que todo que se sepa que yo voy, pero atribúyase por <los imparciales a la cruel persecución del infernal complot. 2 de Diciembre de 1820.

. . . comenzó la escena de la desolación; el degüello y el saqueo, <el incendio, los crímenes contra el pudor perpetrados en la calle <pública> las abominaciones más sacrílegas en el templo. Los <indios se precipitaron a las puertas de la Iglesia . . . Ahí estaba <la parte codiciada que es la mujer... Como cuadrillas de lobos <en el indefenso redil, cayeron sobre las familias que arrodilladas <en pavoroso tumulto dirigían a la Virgen las plegarias de su <aflicción y en un momento cada una de aquellas desgraciadas <tuvo un dueño feroz. . . —VICUÑA MACKENNA, op. cit., 491.

parecía ver un cóndor, surcando el espacio y dominando las altas montañas en que me había criado y le consideraba, como le considero aún hoy, una de las más altas capacidades de la América.

¿Por qué este hombre ha muerto con la muerte de los criminales? ¿Qué derecho tenían para quitarle la vida por crímenes que han cometido muchos otros, sin haber sido muertos?

¿Por qué, hombres que valían infinitamente menos que él, le mataron?

Por razones de circunstancias, que pasaron pronto, privando al país de todo lo que ese hombre habría hecho en el camino del bien en lo futuro.

Yo detesto la pena de muerte y maldigo las guerras civiles. ¡Ojalá pudiera borrar con mi sangre, la parte que he tenido en ellas...!

Pero sigamos la narración de los hechos.

Cuando se dió la orden de marcha le pedí que me dejase en San Luis, se negó absolutamente diciendo que no le convenía que yo me quedara, que quería no más que fuera con él, para seguir juntos a Chile y para lo cual me ofreció servicio en sus filas, lo que no quise aceptarle.

—Yo no pierdo la esperanza de que usted acepte,—me decía—hemos de ser buenos amigos; yo no quiero a su general San Martín, pero quiero mucho a los jóvenes oficiales que él ha formado.

Como él me instase a que tomara servicio, concluí por decirle que mientras anduviera en mi país de ningún modo lo haría; pero que el día que pisara la cima de la Cordillera le pertenecería de cuerpo y alma (1).

Una vez convenido en esto ya no me habló más del asunto.

### XXXIII

A mediados de Agosto, la división más que regularmente montada, marchó para San Juan.

(1) Cuenta el general Paz que cuando la sublevación de Arequito, llegó Carrera para tratar de obtener esas tropas y agrega que nada consiguió a pesar de <ese arte de ganar a los hombres, ese poder de fascinación que se atribuía en grado eminente,. —lo oí hablar mucho — agrega — y no sentí esa fuerza de atracción que decían irresistible; ni vi más que un hombre fuertemente preocupado de los negocios de Chile, que hablaba sin cesar, olvidando los nuestros'. Por supuesto que el general San Martín era el principal blanco de sus tiros. Memorias, — la parte, Pág. 319.

Si hubiera habido orden en aquella gente, no habrían experimentado la mala suerte que les cupo.

Pero sea que el general Carrera contase con el cumplimiento de las ofertas de Quiroga, que contase con que no hallaría resistencia en San Juan, o que no podía contener el desorden de su gente, que correteaba en todas direcciones a las más largas distancias, en un país árido pedregoso y sin agua, para comer yeguas y mulas, para correr y tomar algunos caballos que no servían para nada y destruían completamente los que llevaban.

De aquí resultó lo que era consiguiente, cuando se aproximó a San Juan y se encontró que tenía que combatir, su ejército estaba completamente a pie. Entonces debió comprender que su situación era muy crítica.

Toda retirada era imposible, estaba a pie y San Juan sublevado contra él.

Se decía generalmente que no había enemigos que combatir y yo había observado que en todo el tránsito ni un solo vecino se había encontrado en sus casas; aquello era muy mal síntoma, habíamos atravesado un desierto.

Íbamos a llegar a San Juan y ninguna noticia se tenía de aquella ciudad.

Al llegar al río una partida descubridora tropezó con otra que guardaba el paso y que la recibió a balazos.

Pronto se supo que la provincia estaba en armas y que a poca distancia del paso, una fuerte división. esperaba que pasase el río para batirlo.

Dos jefes del ejército del Perú, los coroneles Urdinenea (1) y Zelaya (2), que andaban por

(1) Don José M. Pérez de Urdinenea nació en Sicásica, Bolivia, 26-XI-1782, hizo la campaña del Alto Perú en el ejército Patriota, ascendió a comandante en 1817 al lado de Guemes con quien estuvo hasta su regreso a San Juan, fué ascendido a general, ocupé la gobernación de la Provincia en 1822, regresó al ejército de Salta y terminada la guerra se trasladó a Bolivia, adonde ocupé la primera magistratura. Murió en La Paz el 14 de Julio de 1865.— BECCAR y UDAONDO, op. cit., Pág. 402.

(2) El coronel don Cornelio Zelaya nació en Buenos Aires 1782. Inició su carrera en el combate de Perdriel y actuó también en la 2a invasión inglesa; fué de los primeros en abrazar la causa patriótica en 1810; fué como capitán al Alto Perú, asistió a las batallas de Suipacha, Huaquí, Salta, Tucumán, Ayohuma, SipeSipe y otras. Se retiró del servicio en 1820, por la anarquía reinante, siendo coronel. Fué después constituyente en 1826. Murió en Buenos Aires el 1° de Diciembre de 1855.—BECCAR y UDAONDO, op. cit., Pág. 461.

las provincias sin destino, después de la revolución de Arequito hablan llegado a San Juan emigrados, o lo que es más probable, llamados por algunos.

El primero se quedó en San Juan y tomó el mando de las fuerzas de aquella provincia. El segundo se dirigió a Mendoza para hacer lo mismo.

Informado el general Carrera de todo, contra-marchó una jornada a buscar aguada para sus caballos, porque a vanguardia solo se encontraba en el río, que estaba ocupado por el enemigo.

Un día permaneció en aquel lugar y allí entresacando los mejores caballos de su división, montó 150 lanceros que era su tropa de más confianza y les mandó al cargo de un capitán, cuyo nombre he olvidado, pero que gozaba gran reputación, al lugar llamado Guanacache, camino de Mendoza, a hacer una operación de caballadas.

Con el resto de la fuerza siguió en la misma dirección, atravesando las grandes lagunas o bañadales por lo más ancho, tardando casi un día en esta jornada que acabó con los pocos caballos que le quedaban.



Se ha dicho siempre que un gula infiel, le condujo por ese camino que es el peor de todos.

La división salió de noche de los bañados y acampó en las playas; cuando amaneció se vió claramente el efecto de la horrible marcha del día anterior.

La mitad de la gente estaba a pie, las yeguas y caballos flacos que hablan podido pasar, estaban tendidos en el suelo, acabados de fatiga, extenuados por la debilidad, muchos quedaron en el bañadal.

Era imposible moverse de aquel lugar, no había más remedio que esperar la vuelta de los lanceros, que si eran felices en su operación, podían aun remediar el mal, pero sino, todo era perdido...

Una de las cosas que más contribuyó a la destrucción de los caballos, fué la multitud de mujeres que seguían la división. Es sabido que son siempre las mejor montadas y también las más desordenadas.

## XXXIV

Tal era el estado de aquella fuerza en la madrugada del 31 de Agosto.

Serían las nueve de la mañana, cuando por el camino de Mendoza se avistó una polvareda.

Al principio causó mucha alegría esta circunstancia suponiéndose que eran los lanceros que volvían con caballadas; pero pronto se vió que era una gran columna enemiga que se aproximaba, y a la vista de aquel tendal de hombres, mujeres y caballos, hizo alto y se dispuso al combate.

El coronel Benavente hacia esfuerzos inauditos para organizar una columna de ataque, consiguiendo en fin adelantarse con 300 hombres sobre la línea enemiga que se había situado atrás de una pequeña zanja.

Se ignoraba que hubiese infantería, que sólo se descubrió al llegar a las manos, pues estaba cubierta por una fila de hombres a caballo soslayados hacia la derecha.

La izquierda y la derecha apoyadas en co-

lumnas de caballería, perfectamente montada en caballos magníficos recién sacados de los potreros de Mendoza.

Suspendo por un momento esta narración para volver a hablar de mi, porque no es la historia de esta campaña que escribo, sino sus memorias o la memoria de lo que he visto.

Se acusa a los que escriben en este género, de hablar mucho de si mismo. Este es el cargo que algunos han hecho al general Miller.

No tienen razón, porque como ya he dicho antes, no siendo la historia lo que escriben, sino sólo lo que ha pasado, visto u oído el autor, claro está que debe hablar siempre de si mismo; este es el caso del general Miller y de todo el que escribe sus memorias o apuntes de su vida.

En los momentos que el coronel Benavente formaba su columna de ataque, me hallaba junto con otros prisioneros, los señores Casas padre e hijos, de la jurisdicción de Córdoba, y un oficial Rivero del ejército de Bustos, todos a cual peor montados.

Acertó a pasar por allí un soldado llevando un lindo caballo bayo diestro; me armé de una

lanza de las que estaban tiradas y le salí al encuentro; le pedí el caballo, me contestó que era del general ;qué me importa a mí que sea del general, dame ese caballo, sino te lanceo!... al decirle esto hice ademán de tirarle un lanzazo, el soldado se asustó y me largó el caballo amenazándome con su general.

Inmediatamente lo ensillé; cuando me vi tan bien montado, olvidándome de mi situación dejé la lanza, tomé un sable de los que quedaban de a pie y corrí a reunirme al señor Benavente, a cuyo lado me coloqué.

Confieso que en el fondo de mi corazón deseaba el triunfo de Carrera, pero nunca pensé tomar parte alguna en los sucesos.

Aquella fué obra de la casualidad que me deparó ese caballo, lo demás lo hizo el genio, y esa maldita propensión de todo militar a pelear; así, pues, olvidé todos mis propósitos, y me puse a la cabeza de la columna, al lado del jefe.

El coronel Benavente cargó sobre el enemigo que se mantuvo firme en sus posiciones.

Los hombres que cubrían la infantería se corrieron a la derecha, y entonces se descubrió la infantería que mandaba el teniente coronel

don Jorge Velazco (1); nos hizo una descarga a quema ropa, pero a pesar de habernos ahogado con la pólvora, sólo cayeron dos o tres.

La carga continuó hasta la zanjita, que a la verdad no era un obstáculo. Los únicos que íbamos a la cabeza, Benavente, un teniente Noya y yo, entramos a la columna enemiga de la izquierda que mandaba el comandante Aycardo (2) y acuchillábamos a salvo porque todo se hizo un ovillo, remolineaban para huir sin hacer resistencia, cuando nos apercibimos que nos hablan dejado solos.

(1) Ingresó como cadete el 10 de Agosto de 1813, fué destinado al Perú. Teniente 20 en 1815, capitán de cazadores en 1817. —T. de R.

(2) La derecha la mandaba el comandante Olazábal. (Don Manuel de Olazábal, nació en Buenos Aires 30-XII-1800, se inició como cadete en 1813 tomando parte en el sitio de Montevideo. Combatió contra los montoneros. En 1815 se incorporó al ejército de los Andes, batiéndose en Chacabuco, Putaendo, Gavilán, Talcahuano, Cancha Rayada y Maipú. Hizo la campaña del Sur de Chile hasta Bío-Bío. Venció a Carrera en Punta del Médano el 31 de Agosto de 1821. En 1827 asistió al frente del 170 de caballería a los combates de los Potreros del padre Filiberto y Las Cañas. Actuó en la guerra civil en las filas unitarias hasta la caída del tirano. En 1882 publicó sus memorias impresas en Gualeguaychú. Falleció en Buenos Aires el 19 de Julio de 1872.

— B. y U., op. cit., 162).

Al llegar a la zanja desfilaron por la derecha, como en un día de ejercicio y dieron la espalda sin causa ni motivo.

Estaba escrito que así debía suceder para que se consumase el sacrificio del grande hombre.

Con sólo haberse parado, aun sin hacer nada, estoy persuadido que se hubiera ganado la batalla.

Aquella columna estaba remolineando por huir, la infantería se consideró perdida, no hizo ni un tiro más, clavó la rodilla en tierra y caló bayoneta.

Se ha dicho que algunos jefes ya hablan vuelto la espalda, y hasta que el mismo Albín Gutiérrez (1) que mandaba con un ayudante era uno de ellos, pero no respondo de la verdad de esto.

Viéndonos abandonados, dejamos el campo de batalla emprendiendo la retirada y por un rato fuimos envueltos en una nube de polvo tan espesa que no se veían las manos.

Algunos jinetes del enemigo cargando por un

(1) José Albino Gutiérrez fué capitán de milicias de caballería de Mendoza, hombre nulo e ignorante, según el general don José M. Paz. — Memorias., 1, 338, edición, 1917.

muy mal tratados y tuvieron que replegarse. La columna mendocina se puso en movimiento; Benavente la volvió a reunir y le dió dos cargas más, tan infructuosamente como la primera; en la última se declaró la derrota y salimos Benavente y yo en uno de los grupos dirigiéndonos a un cerrito, donde nos reunimos con el general Carrera.

El comandante Olazábal nos escopeteó por la espalda mucho tiempo, matando a algunos y tomando como 60 prisioneros.

Esta persecución continuó hasta más allá de Guanacache, donde se nos reunieron los lanceros; ya entonces no llegaban a 30 los que seguían al general, casi todos oficiales.

Los lanceros se hablan encontrado con la vanguardia de Gutiérrez, pero no habían encontrado caballos.

## XXXV

Habiendo cesado la persecución, continuamos caminando todo ese día por una travesía, desesperados de sed; muchos se separaban

como locos buscando agua, todos fueron víctimas.

El sol abrasador y el polvo de las playas de las lagunas, que habíamos tragado en abundancia sin haber bebido agua desde el día anterior, hacía desesperante nuestra situación.

En la tarde de ese día, conversaba con el general Carrera, el cual me dijo:

— ¿Por qué no se ha quedado usted?

— Porque he peleado en la batalla y me creo comprometido, le contesté.

— Ya lo sé; Benavente me ha hablado mucho de usted; es usted un bravo y es lástima que se pierda; yo no puedo consentir que participe usted de nuestra desgracia, todavía es tiempo, quédese usted en la primera población que encontremos, nadie sabrá que usted ha peleado contra ellos, y si deben saber que usted era mi prisionero.

— Ya es tarde, señor — le dije — antes tal vez lo hubiera hecho, pero hoy no. Si ellos no saben que yo he peleado, yo lo sé; yo hubiera huido del general Carrera feliz, pero no abandonaré al general desgraciado; cualquiera que sea su suerte participaré de ella, a lo menos mientras haya peligro.



Algunas otras reflexiones agregó a las anteriores, pero viendo que yo persistía en mi propósito, me preguntó si estaba bien resuelto, si lo Labia pensado bien.

— ¡ Si, señor, bien resuelto!

— Pues entonces voy a comunicarle mi plan.

Efectivamente, yo estaba resuelto a todo y me sentía orgulloso de lo que hacía; me consideraba un héroe y gozaba del sacrificio que me imponía.

Empezó a hablarme en francés, para que no entendiesen los que nos rodeaban.

— Tengo noticias — dijo — que en Jocolí que está en este camino a 12 leguas de Mendoza, hay como 400 caballos, guardados por una partida, que sorprenderemos o derrotaremos; una vez dueños de esa caballada, atravesaremos el Tunuyán, tengo el mapa y una aguja de marear. Puestos en la Pampa, seguiremos por el desierto hasta el Rosario; allí nos embarcaremos para Montevideo, para después seguir a los Estados Unidos, donde aun podemos ser felices, porque tengo buenos amigos, pero es preciso para esto, que se resuelva usted a olvidarse de su país, como voy yo resuelto a hacerlo. Se acabó para mi la política y la guerra; José Miguel Carrera,

no volverá nunca más a estos países que serán siempre para él de un ingrato recuerdo.

Hace tiempo que deseaba un suceso de esta clase para retirarme, estoy muy cansado de esta vida, si no me he separado, ha sido por el compromiso de los hombres que me han seguido, ahora ya soy libre.

¿Se acomoda usted a este plan?

— Sí señor, le acompañaré a los Estados Unidos y participaré de su suerte.

— Pues bien, es ya cosa decidida.

Después hablamos de cosas indiferentes, yo veía los semblantes de todos tristes y abatidos, separarse en grupos a hablar misteriosamente a algunos, pero estaba muy lejos de sospechar nada.

El abatimiento lo atribuía a la derrota. En medio de esa tribulación general, sólo el general, conservaba la serenidad que no lo abandonó ni aun en sus últimos momentos.

Yo no sé si esta conversación fué oída o entendida por alguno, o si el general dijo esto mismo a algún otro, pero lo cierto es que cuando le prendieron se lo echaron en cara.

Sobrevino la noche y continuamos marchando.

## XXXVI

Serían las dos de la mañana, la fatiga me había rendido, metido en un grupo, encargué de hacer seguir mi caballo, me había dormido.

Me desperté sobresaltado a los gritos de: ¡alto! ¡atajen! ¡aquí va!, con gran tropel y confusión, de unos que avanzaban, otros que retrocedían; dos fogonazos de pistola, uno tras otro se sucedieron, cerca de donde yo estaba, pero nada veía en aquella confusión y obscuridad; mi primera idea fué que alguna partida enemiga nos habla sorprendido, y eché mano al sable, estaba sorprendido de no oír tiros.

Poco duró mi incertidumbre, porque oí muy distintamente la voz del general que dijo: ¡no matéis, chilenos, a vuestro general!

La sangre se me heló en las venas, entonces comprendí todo; pero me parecía un sueño, una pesadilla más que una realidad

La confusión continuó aun por un corto espacio, buscaban al comandante Benavente, al comandante Aldao (don Francisco Persiguieron también a don Francisco y don Felipe Álvarez, hermanos.

Pronto se convencieron que Benavente y Aldao habían escapado, lo mismo que un tal Anchorena a quien buscaron con empeño.

Luego que pasó la primera confusión me acerqué al grupo principal o lugar de la escena.

El general Carrera estaba a pie, un hombre atlético que estaba en la conjuración, lo desmontó tomándole por el cuerpo, ya él habla amedrentado a Arias y otros y escapaba por medio de la gente cuando ese cabo le acometió; sin este hombre, es muy probable que hubiera podido huir.

Los conjurados le estaban rodeando en un silencio sepulcral: eran el comandante Arias, cordobés, tres oficiales chilenos, teniente Noya, alférez Inchaut y Benítez y un cabo también chileno; nadie más aparecía en aquel lugar.

El general dirigiéndose a la gente les dijo:

— ¿Es posible, chilenos, que hagáis esto con vuestro general? ¿Con el compañero de nuestros trabajos? ¿Qué no veis que os pierden, que os deshonráis sin provecho? ¿Es posible que os dejéis gobernar por un cordobés? ¡Chilenos, todavía es tiempo, salvad a vuestro general de la muerte a que le van a entregar!

Todos guardaron silencio; Arias, el malvado

Arias, aquel Judas de este nuevo Cristo, fué el único que habló y dijo estas palabras que aún resuenan en mis oídos:  
— ¡Oh! ¿Y qué esos chilenos no tienen miedo a la muerte como los cordobeses? ¡Usted quería salvarse para irse a Norte América y dejarnos perecer!

—¡ Cállese usted miserable!—le dijo Carrera— traidor lo fué usted a sus paisanos, ¿qué extraño que lo sea a mi? ¡Acuérdese usted, hombre infame, que le he sacado de una cárcel!

— ¡Monten a ese hombre y que no hable más!

— fué la respuesta de Arias; le arrimaron un caballo cansado y continuaron la marcha.

Desde aquel instante el general Carrera se resignó a su suerte, no me consta ni que hablase más, ni que hiciera tentativa alguna de evasión.

A poco andar llegamos a la posta de los Chañares, dos leguas antes de Jocolí.

Dinigiéronse a un rancho de la posta donde colocaron los tres prisioneros, el cabo chileno estaba de centinela y los conjurados allí mismo.

Todos los demás estaban desparramados, no se oía una voz, iban y venían a una laguna a beber agua caminando como sombras.

## XXXVII

Como yo había llegado pereciendo de sed, con la garganta y las fauces secas, había metido balas de piedra y chispa a la boca y no habiendo podido encontrar alivio, corrí a la laguna y bebí agua en abundancia.

Satisfecha la sed rabiosa que me devoraba, me dirigía para los ranchos, pero a medio camino me atacó una casi locura; antes había sentido la sed con calma y abatimiento, entonces fué un frenesí, una desesperación; volví a la laguna corriendo, me parecía que me iba a morir antes de llegar, miraba el agua y creía no alcanzarla, a pesar de distar pocos pasos, me abalancé como un furioso al agua y bebí hasta más no poder.

Volví a emprender el camino de la posta y segunda vez fui atacado y tuve que regresar con los mismos síntomas de locura; resolví no moverme de la laguna hasta no estar plenamente satisfecho, y allí estuve bastante rato bebiendo a sorbos, pero bebí tanto que después me costaba trabajo caminar.

Cuando volví a los ranchos fué que vi lo que Le relatado antes; quise entrar al cuartel y el centinela me lo impidió. Traté entonces de explorar a los oficiales que andaban sin acercarse a los conjurados, pero no encontré apoyo alguno, desconfiaban unos de otros, cada uno creía que el que tenía a su lado era uno de los conjurados, nadie se podía figurar que aquellos fuesen tan pocos.

Viendo que nadie podía adelantar, para descubrir la verdad, me dirigí al mismo Arias a quien le dije:

—Ustedes están mal aquí. Esta casa está en el camino; si se presenta una fuerza de los mendocinos que venga de una u otra parte, lo que no dejará de suceder a la madrugada y nos atacan, no harán distinción y caeremos todos juntos.

— Lo que ustedes deben hacer es sacar los prisioneros al campo, y cuidarles fuera del camino.

Este consejo que tenía por objeto el que nos viésemos claro, lo que no podía conseguirse entre los ranchos, le pareció bien, consultó con sus compañeros, y lo aceptaron, saliendo a situarse a algunas cuadras de las casas, separado del camino.

Los demás siguieron el movimiento en número de 80 a 100 hombres, entre jefes, oficiales y soldados.

Luego que se establecieron, se vió claramente que sólo rodeaban a los presos los mismos cinco ya nombrados.

Les hablan hecho sentar en el pasto y ellos también sentados formaban círculo. Sólo uno estaba siempre de pie como centinela.

### XXXVIII

Volví entonces con más ahínco a repetir mis instancias para salvar a Carrera.

Todo fué en vano; la desconfianza seguía, o mejor dicho, aquellos hombres leones se hablan convertido en corderos. La desmoralización era total.

Bastante veces se acordaron después en la prisión arrepentidos de no haber hecho la tentativa.

Luego que amaneció, se continuó la marcha para Jocolí.

En la marcha me permitieron que le acom-



pañase, y fuí a su lado todo el tiempo que aquella duró. Ninguno de aquellos hombres se acercó a él en todo el camino.

¡Qué terrible impresión hizo en mí este suceso! ¡Qué tristes reflexiones me sugirió la conducta de todos aquellos hombres!

Yo era joven, tenía un corazón puro, era virgen aun en la revolución; mi vida había corrido hasta allí sirviendo en un ejército de orden, bajo una escuela la más rígida que se había conocido, yo no sabía más que una palabra mágica que determinaba mi vida, esa palabra era honor. No conocía otra vida, ni sospechaba los crímenes de la guerra civil. Aquel fué el primero que presencié.

Jamás había visto un hombre caído de su alta posición a lo más profundo de la desgracia.

El ejemplo de perfidia, de ingratitud y de cobardía que tenía a la vista, me hizo casi aborrecer la especie humana.

Creo que este suceso ha tenido mucha influencia en el resto de mi vida y aun determinado mi conducta para con los hombres.

Lo cierto es que jamás he podido olvidar y

hoy lo tengo presente como si estuviera sucediendo en estos momentos.

Todo o casi todo el camino lo empleé en darle consuelos que estaba muy lejos de creer que le harían concebir esperanzas.

Le decía que conocía al gobernador de Mendoza, que era un hombre ilustrado y humano, que si otro fuera, nada le diría, pero que con el señor Godoy estaba seguro que su existencia no peligraba en manera alguna, porque no era posible, ni se podía pensar que un hombre como él, manchase con un crimen tan inútil y que tanto había reprobado a Luzuriaga; y esto lo sabía de buen origen.

Añadía, que él ya no era un hombre peligroso para estos pueblos; que su muerte sólo sería provechosa a O'Higgins y no creía al señor Godoy Cruz capaz de convertirse en instrumento del gobierno de Chile.

Muchas otras reflexiones agregué, que sería muy largo referir; lo que puedo asegurar es que de mi boca brotaban palabras, y que yo hacia esfuerzos inauditos para amontonar consuelos y esperanzas, que, como he dicho, estaba muy lejos de abrigar.

Sabía bien que nada habla que esperar del

hombre que había dado la orden al general Morón, de fusilar a todos los prisioneros, de aquel hombre de alma pusilánime, vengativo, hipócrita, que iba todos los días al templo a oír misa y comulgar, y volvía a su casa para firmar sentencias de muerte!

### XXXIX

El general Carrera recibía mis palabras sonriendo. Creo que me tenía lástima, porque a un hombre de su penetración no podían escapar los grandes esfuerzos que yo hacía.

— Gracias, gracias, me dijo al último, mucho estimo la intención con que se empeña en darme consuelos que usted mismo no cree.

Le interrumpí para decirle, que los creía, que si no creyese y esperase, no se los daría a un hombre como él.

— Pues un hombre como yo, replicó, nada espera, porque nada tiene que esperar. Mire usted, se lo he dicho muchas veces a mis oficiales, que ellos nada tienen que temer, pero que Benavente y yo hemos de ser los pavos de la boda, y esto no puede dejar de suceder....

Mi suerte hace mucho tiempo que está decretada. Godoy pertenece a logia que decretó, y aunque en su mayor parte, no existe, queda Godoy Cruz y O'Higgins que están de manos dadas. Mis enemigos son implacables, hicieron perecer a mis hermanos, ¿y cree usted que me han de dejar con vida a mí? ¡Oh! no, retendrán mi vida, si, retendrán mi vida, pero ni aun así quedarán satisfechos. ¡Ojalá fuera este el último sacrificio!

Popar lo que hace a la muerte, yo no la temo; he pensado mucho en ella, estoy completamente familiarizado con esta idea. Como yo sabia lo que me esperaba, me he preparado a ese trance. Además, ¿qué es la muerte? “Estoy persuadido que es una sombra oscura que pasa”.

El modo firme con que pronunció estas notables palabras, me impresionaron de tal modo que por mucho tiempo no supe que contestarle.

Estaba sublime en aquellos momentos. Yo ya no hacia más que admirarle en silencio y admirar la tranquilidad de su porte su un solo rasgo de debilidad le noté en todo el camino. Marchaba tan sereno como lo hacia a la cabeza de su columna; parecía todavía el general en jefe.

Yo esperaba oírle hablar algo de los que le hablan preso pero ni una queja, ni una palabra pronunció contra los traidores.

Observaba su rostro y su voz no se desmintió e,— un instante, era firme y tranquila como antes.

Hasta las palabras de agradecimiento me las con su sonrisa habitual, solamente cuando

dijo: “la muerte es un sombra oscura que pasa alzó el brazo en alto e hizo un movimiento con la mano de izquierda a derecha y se revistió de un aire de melancolía y superioridad tan grande, que me parecía ver en él al rey de la creación o al Cristo con la conciencia del justo caminando al martirio.

Algunas veces me parecía también que veía aquella alma grande volar al cielo, único lugar digno de ella.

Por lo que hace a mí, tuve momentos de debilidad y aun hubo algunos en que fui consolado por él.

## XL

Llegamos por fin a Jocoli. Una partida que ya estaba avisada salió a recibirnos y al llegar a las casas, el judas Arias entregó los presos al oficial que la mandaba el cual les colocó en un cuarto con centinelas de vista.

Fui a despedirme de él con el corazón despedazado, lloraba sin poderme contener.

No pude decirle más que: — ¡Adiós señor, espero que nos hemos de ver, y ser felices en otro lugar....!

— Sí, me dijo, hay otro lugar donde se goza más felicidad que en la tierra. Le debo a usted las únicas palabras de consuelo que he oído, no las olvidaré mientras viva.

Me alargó la mano, que apreté con efusión. No le volví a ver más....

## XLI

Ya nada tenía que hacer en aquel lugar de maldición. El contacto con aquellos malvados me quemaba.

Pedí al oficial un baqueano, diciéndole que era un prisionero, lo cual certificaron Arias y los demás y salí para Mendoza.

Galopaba como un desesperado. Llevaba la fiebre de la muerte en el corazón.

Quería alejarme de aquel teatro de crímenes y creía que se iban a acabar mis trabajos. Pero sucedió lo contrario, porque al llegar a Mendoza empezó mi martirio.

Dos leguas antes de llegar a la ciudad en un lugar llamado el «Plumerillo», encontré los primeros grupos de gente que se habían transportado allí para ver llegar los montoneros y como creyesen que yo era uno de ellos, empezaron los gritos y los insultos. Montonero, pícaro, ladrón, me decían unos, ahora has de pagar el vino y las pasas que nos has comido. Miren los calzones que usan los montoneros, decía otro, y los calzones de que hablaban los había hecho hacer en Mendoza...

Afortunadamente para mí encontré entre esas gentes varios jóvenes decentes llevados allí por la curiosidad; esos jóvenes, antiguos compañeros de los bailes, me rodearon, tratando de disuadir de su error a la plebe, sin poderlo casi conseguir.

Viendo la exaltación del populacho, regresaron conmigo en número de diez o doce y fueron defendiéndome todo el camino de la muerte que sin ellos, habría encontrado en aquel lugar, a manos del furioso populacho.

Por mi parte nada vela, porque iba ciego de cólera. Desde el Plumerillo hasta la ciudad, la gente estaba acordonada sin cortarse.

Las calles apiñadas, en las veredas, puertas, ventanas y hasta en los techos de las casas, todo el pueblo estaba en las calles de la entrada y yo tuve que recorrer esa vía dolorosa que me parecía eterna.

Antes de la oración me apeaba en la casa del gobernador, que no quiso verme y me mandó presentar al comandante de armas, coronel don Pedro Regalado Plaza, antiguo oficial de artillería (1).

A pesar de haberle dicho la verdad, tuvo orden de Godoy de mandarme arrestado al cuartel de Santo Domingo, conducido por el

(1) Nació en Mendoza, 1776. Asistió a las batallas de Tucumán y Salta. Combatió contra Artigas. Fué al ejército de los Andes en 1816, combatió en Chacahuco, Cancha Rayada y Maipú, cuya acción decidió con sus fuegos de artillería. Murió en Chile, 1856. — B. y U., op. cit., 237.



ayudante de plaza, don Gabino Corvalán (1). Se apoderaron de mi caballo, que fué saqueado a la puerta misma del gobernador; cuando salí fuera ya estaba completamente desnudo; todo era buena presa para aquella gente. Los montoneros no habrían hecho otro tanto.

Yo me veía libre de los de a caballo, pero me tomaron por su cuenta los de a pie, aquello fué peor.

Hombres, mujeres y muchachos, con gritos salvajes, me acompañaron hasta el cuartel.

Una mujer de la familia de Plaza, de las que se llamaban “señora”, me dió un golpe en la espalda, diciendo: ¡Ah pícaro montonero!

Varias veces Labia dicho al ayudante: contenga usted este pueblo bárbaro. La última vez que se lo dije, me contestó: ¿que nové que no puedo?

—¡Vaya usted en hora mala —le contesté— oficial fraile, deje esa espada y métase en un convento!

(1) Gabino Corvalán, militar. Nació en Mendoza, era hermano del coronel Victorino Corvalán. Llegó a revistar como oficial de los ejércitos de la Independencia. Fallecida su esposa, tomó hábitos sacerdotales, mereciendo por sus méritos y virtudes altos puestos en la Iglesia. Murió siendo gobernador del Obispado de Cuyo. — B. y U., op. cit., 234.

Cuando en años después, supe que ese hombre había cambiado la espada por la cogulla, he reído mucho de haberle dado este consejo.

Llegamos por fin al cuartel y respiré por verme libre de aquel populacho insolente.

## XLII

Esto sucedía el 1º de Septiembre de 1821. Al siguiente día supe que habían traído al general Carrera, que fué pródigamente ultrajado en la casa de gobierno.

Lo mismo sucedió con el coronel Benavente tomado a la entrada del pueblo, adonde no pudo llegar por habersele cansado el caballo.

El comandante Aldao fué más feliz, porque pudo llegar y ocultarse.

Desde mi prisión me informaba de todas las circunstancias del terrible drama que se preparaba.

Supe que Carrera y Benavente estaban en la cárcel,. el primero con los mismos grillos de arroba que se fabricaron para sus hermanos.

Que se instruía su causa, mejor dicho, que se fraguaba una por el mayor de cívicos don José

Cavero. ¡Farsa ridícula, porque su muerte, estaba decretada hacía mucho tiempo!

Que se hacían diligencias para salvar a Benavente, por su hermano, vecindado en aquella ciudad y que a los tres días la causa estaba concluida, y el general sentenciado a morir, junto con Alvarez y un soldado.

Hasta entonces estaba simplemente arrestado. El señor Godoy no había tenido tiempo de ocuparse de mi.

Yo me informaba de todo, pero conocía que se guardaba reserva.

Al fin llegó el funesto día 4, en que debía consumarse el sacrificio.

Desde mi prisión que sólo distaba dos cuabras del lugar del suplicio, oía las cajas, y de aquel mismo cuartel salieron los cívicos a formar el cuadro, mandados por ese mismo Cavero que había hecho el papel de fiscal.

A medida que la hora fatal se acercaba, mi corazón palpitaba con violencia, parecía que se me quería salir por la boca. Tenía la fiebre.

Una descarga se oyó, otra la siguió de cerca.

¡El general Carrera había subido al cielo!...

## XLIII

Yo perdí, junto con las descargas, el sentimiento de mi mismo y de la razón.

En el primer momento sentí una cosa extraña, que nunca he podido explicar.

Conocí que me iba a caer y apenas tuve fuerzas para andar dos pasos hasta la cama donde calen un completo estado de enajenación mental.

Conocía que estaba vivo, pero no era dueño de mis acciones ni de mi razón; no tenía fuerzas para moverme, ni para arrojar aquella perturbación de los sentidos, en suma, estaba loco.

Mi constitución de fierro me salvó aquella ocasión como en otras veces.

A las 24 horas el mal empezó a disiparme y fui poco a poco recuperando la razón y la memoria.

Entonces lloré.

Pero muchos meses me duró la tristeza y la manía de hablar solo, retirándome alas rincones.

Algunas veces delante de las visitas hablaba y accionaba como si estuviera conversando con otro.

Después que aquella crisis pasó, supe algunas circunstancias de la muerte del general.

Todo el tiempo lo empleó en escribir en la prisión, hasta el último momento.

Llegada la hora fatal el ayudante Barcala (1), negro, del batallón de cívicos, con el alguacil Correa, fueron a sacarle.

— Ya es la hora, señor, — le dijo.

— Voy a concluir esta carta — le contestó.

— No es posible, señor, la hora es pasada —y le quitó el tintero.

— Déjeme usted mojar una sola vez la pluma y estoy con usted.

Entonces escribió sus últimas palabras de la prisión:

“En este momento muere José Miguel Carrera”.

(1) Lorenzo Barcala. Nació en Mendoza, 1795, hijo de esclavos de raza africana, siendo él mismo esclavo en su niñez. Inició su carrera en el regimiento de Pardos de Mendoza. Alférez en 1820, sargento mayor en 1824. Pasó a San Juan para reponer al gobernador del Canil, se batió en Las Leñas; fué a la guerra del Brasil cayendo prisionero; ascendió a teniente coronel. Acompañó a Paz en 1829, fué enviado a Mendoza en comisión, se batió en la Ciudadela a las órdenes de La Madrid, siendo el único prisionero, cuya vida respetó Quiroga. Formó parte de la expedición al desierto en 1833. Intentó derrocar al tirano gobernador Aldao en 1835, pero descubierto fué fusilado el 1° de Agosto de 1835. — B. y U., op. cit., L 95.

## XLIV

Escribió a su familia y a varios amigos a los Estados Unidos, a un marqués emigrado, y la última quedó sin firmar, era para don Francisco Martínez Nieto, español y patriota muy respetable, que fué su amigo en Montevideo. En sus cartas a Norte América recomendaba sus hijos, detallando la educación que debía dárseles en aquel país, para donde mandaba que fuesen llevados.

Supe también que cuando le leyeron la sentencia no quiso hincarse, la oyó de pie.

Cuando en ella se llegó a las causas porque le condenaban a muerte, dijo: ¡todo eso es falso! ¡Yo no he cometido crímenes! ¡Que respondan por mi, San Martín y O'Higgins, ellos son los únicos criminales! ¡Deberían estar en este lugar!

Cuando le sacaron a la plaza, le hicieron caminar más de lo regular. Hubo lujo de barbarie. En su tránsito atravesó un gentío inmenso que encumbró la plaza.

Reconoció varias personas a quienes saludó cortésmente.

Marchaba al suplicio, con la cabeza erguida y la misma serenidad y valor que habla mostrado en todos sus actos.

Le acompañaba el reverendo Fray Benito Lamas, que después fué obispo de Montevideo.

El sacerdote se esforzaba en exhortarle y llamar su atención al Cristo que llevaba en la mano.

El general contestaba a todo: ¡ SI, padre, estoy persuadido...!

En el balcón del Cabildo habla varias familias. Entre ellas estaban unas muchachas de apellido Rivero que le llenaban de insultos, gritándole:

¡Pícaro, paga la muerte de Morón!

El general se puso a mirarlas con atención.

— No haga usted caso, señor, — le dijo el padre Lamas — más sufrió este Divino Señor.

— ¡Si, sí, pero como se conoce que este pueblo ha sido educado por Luzuriaga y San Martín!

Llegado al pie del banquillo, paró un momento. Llevaba un poncho blanco muy fino, de dos que le había visto usar, el otro se lo quitó un hombre que se llamaba decente en la sala del gobernador, en donde además se cometió

la infamia de escupirle y tirarle las barbas, y arrancarle un mechón de pelo.

El alguacil Correa se le acercó para recibir el poncho.

El general conoció que aquel hombre lo codiciaba, hizo el ademán de dárselo, y se lo retiró riendo: «no, es para el padre que me ha acompañado, es mi último recuerdo».

Se hablan colocado tres banquillos, colocaron en el de la derecha a don Francisco Álvarez.

En el de. izquierda a un cabo Monroy, chileno muy joven.

Se había jactado de ser él quien había muerto al general Morón; de balde el infeliz gritaba que no era cierto, no se le escuchó.

Monroy estaba completamente caldo con la fiebre de la muerte.

Al general le colocaron en el centro, se despidió del padre Lamas y del viejo Álvarez, y volviéndose al muchacho le tomó de un brazo y sacudiéndole con fuerza, le dijo:

— ¿Cómo muchacho, tú que eres tan valiente en la guerra, eres tan cobarde en este momento?

— ¡Anímate, muchacho, que la muerte es una sombra obscura que pasa!

Fueron sus últimas palabras, eran las mismas



que me habla dicho en el camino del Chañar a Jocolí.  
Así acabó aquella grande alma...  
¡Que Dios le tenga en el lugar de los escogidos!

## XLV

Tregua de dolor, dirijamos la vista para otro lado.  
El bravo coronel Benavente se habla salvado. Su hermano  
y varias otras personas respetables obtuvieron su indulto.  
No faltó también quien trabajara para salvar la vida de  
Carrera.  
El coronel don Manuel Olazábal lo tentó y aún se empeñó  
con el mismo Albín Gutiérrez para conseguirlo.  
Desgraciadamente todo fué inútil.  
Los demás prisioneros en número de 28, entre jefes y  
oficiales estaban en los calabozos de Santo Domingo.  
Tres o cuatro días después de la muerte de Carrera, el  
gobernador me hizo el <honor> de acordarse de mi.  
Una noche me sacaron del cuarto de banderas y me  
metieron en el calabozo junto con los

demás prisioneros, después de una pequeña declaración. Al otro día separaron cinco, que decían ser los más criminales, a saber: don José Gregorio Giménez, gobernador de San Luis, aquel mismo que tanto daño me hizo, el comandante García, santafecino, un chileno Menéndez, un ayudante Rodríguez, puntano, y yo, pusieron a cada uno en calabozo separado, bajo la más estricta incomunicación.

La señora Ametisarobe, viuda de Guiráldez, hizo mil empeños para verme, no lo pudo conseguir.

Me mandaba de comer, lo prohibieron, quedé reducido a la tumba de los presos del cuartel.

Me mandó libros, me quitaron los que tenía y secuestraron los que mandaba sin devolverlos a su dueña; por casualidad me quedó el Catecismo Histórico de la religión cristiana, que leí más de 40 veces.

Una noche con pretexto de falta de gente para la guardia, me hicieron cargar la cama y me llevaron a un cuarto, donde encontré los otros cuatro.

Allí se nos dijo que estábamos separados porque éramos los más criminales...!!

Al amanecer nos restituyeron a los calabozos particulares. Pocos días después volvió a repetirse la misma escena, pero esta vez el negro Barcala con el cabo de la guardia, vinieron a decirnos que estábamos en capilla, que a las 10 de la mañana siguiente seríamos fusilados y tras nosotros los demás.

Estas palabras las dijo el cabo; Barcala se quedó en la puerta sin entrar.

Esta noticia aterró completamente a mis compañeros. La fiebre se manifestó.

A Giménez se le puso la cara larga, de una tercia, las carretillas caídas, el pelo parado como el copete de un cardenal; él era feo y picado de viruelas, parecía la estampa de la herejía.

Aquella noche me vengué ampliamente de aquel hombre, casi le enloquecí, haciéndole la pintura de la figura que haría al día siguiente cuando le sacaran y cuando estuviese en el banquillo, y sobre todo, cuanto estuviese colgado.

Pero fué tal la desesperación de aquel hombre que concluyó por causarme lástima; lloraba acordándose de sus hijos; tuve que dejarle.

Yo no sé si yo también tenía la fiebre.

## XLVI

Hablan colocado dos centinelas, el uno a la puerta, el otro en medio del cuarto, con orden de hacer fuego sobre el que hablase.

Pero como eran cívicos conocidos míos me lo permitieron; el de la puerta cuidaba de avisar cuando venia gente.

Yo abusé de la licencia, porque hablaba como un desatado, por eso creo que también tenía fiebre.

A las doce de la noche volvió el cabo acompañado de dos frailes mercedarios.

En cuanto entraron, empecé a insultarles y a echarles de allí; tanto hice que conseguí que se retirasen, diciendo uno de ellos que estaba loco.

A las dos de la mañana volvieron los frailes y volvió a repetirse la misma escena anterior.

Yo no sé porqué me parecía que todo aquello era una farsa preparada por Godoy para mortificarme con ese aparato.

A las cuatro de la mañana vino Barcala, el oficial de guardia y una escolta, nos hicieron cargar las camas, restituyéndonos otra vez a nuestros calabozos.

Uno de los centinelas me dijo que nos hablan sacado porque se decía que iba a haber una revolución, porque el pueblo estaba cansado de sangre.

Que se contaba con horror las matanzas hechas por Albín Gutiérrez, que había fusilado desde 10 hasta 30 prisioneros en cada jornada y que en San Juan habían asesinado a todos los prisioneros con la sola y única excepción de un capitán ciego llamado Kennedy; que el pueblo de Mendoza estaba aterrado y horrorizado; pero yo creo que esto no eran más que conversaciones.

## XLVII

Cuarenta y un días permanecí en prisión, sin permitir jamás a la bondadosa señora de Ametisarobe que me proporcionase obsequio alguno, ni alivio de ningún género.

Pero ella no se arredraba, no cesó nunca de hacer por mí todos los oficios de una tierna madre.

Rindo este homenaje de justicia y agradecimiento a esta señora ya que nada he podido hacer por ella.

En todo ese tiempo de incomunicación, sólo dos veces hablé, con un oficial joven cuando entraba de guardia, que se acordó de nuestra antigua relación.

Este amable caballero es actualmente el coronel don Indalecio Chenaut (1), por quien he conservado toda mi vida un tierno sentimiento de gratitud.

Creo que él fué también el primero que me anunció que iba a ser puesto en libertad.

(1) Nació en Mendoza 21-11-1808. Ingresó al ejército como abanderado del 1° de caballería de línea en 1819. En 1821 se batió en Punta del Médano contra Carrera. En 1825 combatió en Las Leñas y varios encuentros con los indios. Fué a la guerra del Brasil batiéndose en el Ombú, Camacú, Yermal, Potreros del P. Filiberto, Las Cañas e Ituzaingó. En 1828 siendo sargento mayor acompañó al general Paz, hallándose en San Roque, La Tablada y Oncativo. Más tarde fué derrotado en Potrero de Chacón, tomó el camino del destierro, volvió a Buenos Aires, emigró a Montevideo, combatió allí al mando de una escuadrilla. En 1839 se incorporó al ejército de Lavalle, luego al de Paz y después al de Urquiza, concurriendo a Caseros. Fué electo diputado en 1852 y al año siguiente, constituyente en Santa Fe. Actuó en las principales batallas de la guerra del Paraguay. En 1868 regresó a Buenos Aires y el presidente Sarmiento le dió el grado de general que Chenaut ya una vez habla rehusado. Falleció en Buenos Aires el 30 de Noviembre de 1871. El general Chenaut fué un militar intachable y poseía grandes conocimientos tácticos.

— Beccar y UDAONDO, op. cit., 1, 201.

## XLVIII

El mismo día a las once de la mañana, el mayor Cavero me hizo llamar al despacho del cuartel:

— Está usted en libertad de orden del gobierno; vaya usted a darle las gracias.

— Le doy las gracias a usted, señor Cavero,

— le contesté — por haberme dado la orden; a su gobernador, cuando yo me encuentre con él, en Buenos Aires, le he de dar las gracias como merece, pero si él lo exige, puede usted volverme al calabozo.

— No, señor, puede usted retirarse, pero yo debo dar cuenta de esto al gobierno.

— Puede usted darla, señor, — y al decir esto salí para no volver a entrar más en aquel lugar de maldición.

El motivo de haberme puesto en libertad fué porque el gobernador de San Luis, don José Santos Ortiz, me reclamó como de esa provincia, tan luego como supo mi prisión.

El de Mendoza a pesar de esto y de las declaraciones de todos los prisioneros, se negó, insistiendo en que yo me habla pasado.

El gobierno de San Luis mandó levantar en el pueblo una información sumaria de ley. Todos declararon uniformemente que me hablan visto traer prisionero.

Remitió esta información a Mendoza y entonces, el señor Godoy Cruz, mi <<generoso>> rival, me puso en libertad sin explicación alguna.

Dios le ha castigado como merecía, él me hizo sufrir, hizo sufrir a mi familia, también él ha sufrido y ha encontrado su castigo en su propia familia. ¡Dios es justo!

A los dos días salía para San Luis donde fuí ampliamente indemnizado con el cariño de mi familia y la amistad del señor Ortiz.

Poco después partí para Buenos Aires adonde llegué en Febrero de 1822.